

Familia de poetas

Fedro Guillén.

1950

Una de estas tardes de obscurecido verano en el Valle, tuvimos el gusto de asistir a un cenáculo literario en formación, compuesto, en su mayoría, por jóvenes que aún tienen que asistir al pequeño y saludable sacrificio dominical de la conscripción militar.

Se trata de un grupo de muchachos simpáticos a quienes les ha dado — ¡nada menos!-- por fabricar una nueva, complicada, interesante teoría poética: "El Poeticismo". Ofician varios sumos sacerdotes del nuevo rito, destacándose entre ellos, Enrique González Rojo Jr., nieto e hijo de dos conocidos y admirados poetas mexicanos.

Bien, pues este talentoso heredero de los ideales renovadores del "Hombre del Buho", armado de un puñado de desordenadas cuartillas, situado entre sus fieles correligionarios de esta amenazante revolución literaria, acude a los servicios de un pizarrón portátil para completar la explicación de su teoría, con fórmulas y guarismos matemáticos, de esos que hacen recordar, con frío en la médula; a los inquietantes rifas que en balde quisimos entender el Binomio de aquel principio de la inteligencia apellidado Newton.

La pasión y la fe de los poetisistas, se las acepte o no, es laudable en tiempos en que parece pasada de moda la lucha de los jóvenes por sus ideales. Así, amigos que apenas ayer compartían con nosotros la santa rebeldía de ese idealismo que ha empujado al mundo hacia adelante, en sus mejores horas, resultan de pronto sensiblemente uncidos al ritmo mediocre de quienes creen que vinieron al mundo a "gozar de la vida" o a tener cuentas bancarias...

Por todo eso- nuestra visita al cenáculo de González Rojo. Jr., nos llenó de

alegría. Advertimos, una vez más, que hay mucha fuerza moral e intelectual en jóvenes que comienzan la lucha, quienes, además, no son ajenos a otras inquietudes sociales y políticas superiores: pronto, de ese mismo cenáculo, saldrá una decidida batalla en contra de la guerra que de nuevo amenaza al mundo.

Tal vez el problema —que no quieren ver los detractores de los jóvenes— sea la falta absoluta de apoyo y de comprensión para las novísimas generaciones, grávidas de entusiasmo y de ideas, pero carentes de locales, imprentas, y hasta de los escasos centavos que supone repartir invitaciones para cualquier evento cultural. Y ya sabemos que quienes peor hablan de la poca fe reinante en los hombres nuevos de México —en discursos autoelogiosos— son precisamente los que menos interés y atención ponen en lo que hacen o quieren hacer muchos jóvenes de calidad regados por todos los rumbos de nuestra metrópoli. Además, eso de creer que los que vienen detrás valen menos, es, a más de un soberano absurdo contra el progreso, una melancólica inocentada con que se defienden quienes nunca están seguros de sí mismos...

No nos interesa discutir aquí la estética del Poeticismo. Señalamos, simplemente, que hay jóvenes que silenciosamente trabajan, esperando una hora propicia para saltar a las arenas de la lucha. Porque, con todo y el escepticismo de los jóvenes filósofos derrotistas, y de la contagiosísima epidemia de mambos y demás yerbas, se trabaja y se piensa, en sectores ajenos al hervidero diario de la añosa y bien amada Ciudad de los Palacios.